

“EL LENGUAJE DE LA FICCION”

Sergio Cueto

El lenguaje de la ficción. ¿Qué significa esta frase? ¿Qué nos dice aun antes de que comprendamos su significación, más acá de nuestras suposiciones acerca de ella?

El lenguaje de la ficción. No se trata de que la ficción posea un lenguaje propio, distinto, por ejemplo, del lenguaje del historiador, o del habla cotidiana, la del escombros y el olvido. Más bien se trata de esto: la ficción es la ficción del lenguaje. La ficción es el centro del lenguaje, centro del que los diversos lenguajes se separan a fin de constituirse. La ficción revela (devela volviendo a velar) este centro a partir del cual el lenguaje a secas se hace posible. La ficción interroga y se interroga por lo que está en el origen del lenguaje, o, lo que es lo mismo, la ficción es la pregunta por el lenguaje como origen, lenguaje originario, anterior a cualquier lenguaje, a la posibilidad misma del lenguaje en general.

El lenguaje de la ficción es, pues, diverso del lenguaje diario, pero sin ser por ello distinto de él. El valor de las palabras cotidianas está en su utilidad, es decir en su capacidad para convertirse en puro medio de comunicación, en su transparencia, o, con rigor, en su absoluta y completa nulidad. En el uso diario, las palabras no traen ninguna representación a la conciencia ni nos entregan la presencia de las cosas de las que hablan; son sólo intencionalidad, van siempre más allá de sí mismas, desaparecen sin cesar en aras del incesante movimiento de la significación, que nos permite hacer uso de las cosas en su ausencia por el vacío sutil de las palabras. Todo lo contrario en un relato. Allí las palabras ya no disponen de un referente seguro, el sentido exige un objeto o un saber que confirme el contenido de las palabras, y este saber no puede buscarse en el mundo mismo de la narración, dado que éste permanece a distancia, es decir, finalmente desconocido, o más bien secreto. La prueba de ello está en que, como lector, no puedo vivir ese mundo, en ese mundo, tal como vivo en el mundo real de mi existencia; allí no soy, justamente, el existente que soy a diario, sino un lector que sólo tiene experiencia de ese mundo en tanto *no lo vive*, en tanto solamente *lee* las palabras que se lo presentan, es decir, en tanto no está en contacto con un mundo real sino a distancia de la irrealidad del mundo. El secreto del mundo narrado está precisamente en esta lejanía o en esta distancia que él mantiene (que él *es*) respecto de mí, lector que no puedo experimentarlo sino bajo la forma de la fascinación de las palabras. En efecto, dado que el mundo narrativo no puede ser representado como si precediera al lenguaje que lo representa y subsistiera al margen de él, dado que no puede considerárselo origen, punto

de apoyo y garantía del lenguaje que lo habla, las palabras del relato tienen entonces que presentarlo en esta distancia misma en la que él se mantiene. Actos, personajes, diálogos, son presentados ahora en su irrealidad, o lo que es lo mismo, en su realidad exclusivamente verbal, de modo tal que las palabras ya no pueden aspirar a la desaparición, sino que adquieren por el contrario toda su consistencia, se hacen presentes como palabras, son la materialización de lo que significan. De allí también que la comprensión de un relato deba realizarse en la palabra del relato mismo, y de ningún modo consista en sobrepasarla para ir a un mundo que sería su referente, porque precisamente este mundo sólo existe como objeto del relato, es decir como enteramente irreal.

Se podría suponer que el lenguaje de la ficción nos abstrae del mundo real para llevarnos a otro ficticio en el que no estaríamos ya comprometidos a través de nuestro hacer y nuestro poder de hacer. Pero no hablamos de evasión. El lenguaje de la ficción nos devuelve, por el contrario, al movimiento mismo del lenguaje, a la experiencia olvidada de todo acto de habla. Si en el lenguaje cotidiano la cosa se ausenta por obra de una negación de la que sólo retenemos su efecto positivo (la transparencia de un nombre en la distancia del objeto), el lenguaje de la ficción se detiene en la negación, en la distancia o en el distanciamiento mismo por el que la cosa vuelve a ser presente (re-presentada), o, dicho de otro modo, se detiene en la presencia jamás presente de la cosa, la presencia puramente negativa en la que ella se retira en tanto hablo. El lenguaje de la ficción no construye un mundo "ficticio" en el que nos abstraeríamos del mundo "real"; él nos devuelve a la profunda irrealidad de la que sin cesar nos separamos para construir a diario el mundo en el que nos es posible vivir.¹

De allí el privilegio de lo simbólico en la ficción. A diferencia de la alegoría, que pretende convertir a la historia narrada en el signo transparente de una idea, el símbolo se mantiene en los límites concretos del relato sin recurrir a la abstracción que lo fundamente desde fuera. A diferencia del mito, que supone la identidad del signo con el sentido, la presencia del sentido en el signo, el símbolo enseña la infinita ausencia, la distancia siempre reconstruida del sentido respecto de él. El símbolo busca hacer presente la totalidad concreta de la existencia, que la particularidad de la vida diaria y la abstracción de la reflexión no nos permiten experimentar. De allí el carácter "simbólico", en este sentido, de la imaginación: ella no se limita a hacer presente lo que está ausente, a presentarlo en su ausencia y como ausente; la imaginación persigue, a través de la cosa ausente, la ausencia que la constituye, la

(1) A partir de aquí vuelven a plantearse las conocidas antinomias: real/imaginario, verdad/mentira, vida/literatura. Véase al respecto el detallado trabajo de Analía Capdevila: "Blanchot y la novela", en *Rev. Paradoxa* Nro. 2, 1987.

ausencia en general, la existencia de la inexistencia, lo irreal, o también, la ficción. Es por esto, por implicar la exigencia siempre renovada de una ausencia absoluta, que el símbolo no significa propiamente nada, porque persigue la nada con la que se relaciona toda significación. El relato simbólico se revela entonces como una imposibilidad, la imposibilidad misma de la ficción: decir la mediación no-mediada que hace posible todo decir. El símbolo (la ficción) está, pues, destinado al fracaso.

Es este fracaso el que estamos convocados a experimentar en la lectura. El sentido del símbolo no se encuentra en las particularidades del relato, sino en lo que anuncia, en algo que las supera a cada una por separado y a todas en su conjunto, algo que se supera a sí mismo y se reconstituye en las particularidades del relato. De allí que no nos esté permitido abandonar los detalles en beneficio de un sentido abstracto, exterior al relato mismo. Deberíamos mantenernos en los detalles. Y sin embargo esto también se revela insuficiente, dado que la ficción (el símbolo) no está en los detalles, ni en otra parte, ni presente ni ausente, ni evidente, ni oculta, pero insistiendo por doquier como la ambigüedad, la secreta re-revelación de este secreto.

La ficción es la *question* del relato: la pregunta que el relato intenta responder; lo que está en cuestión en él y lo hace posible; lo que lo cuestiona y finalmente lo vuelve imposible para siempre. La ficción es la *question* del lenguaje: lo que en la lectura nos interroga a nosotros, seres que hablamos, y en nosotros al lenguaje, y en el lenguaje a nosotros. La ficción es la pregunta más profunda, tal vez.

Agosto de 1990

EL LENGUAJE DE LA FICCION*

Maurice Blanchot

Admitimos que las palabras de un poema no juegan el mismo rol y que no mantienen las mismas relaciones que las del lenguaje común. Un relato escrito en la prosa más simple supone ya en la naturaleza del lenguaje un cambio importante. Este cambio está implicado aun en la frase más pequeña. Cuando en la oficina donde trabajo encuentro en mi registro estas palabras escritas por la secretaria: "El

(*) Publicado originalmente en "La Part du Feu", Paris, Gallimard, 1949.